



# La Santa Sede

---

## **DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE PORTUGAL CON MOTIVO DE SU VISITA "AD LIMINA"**

*Martes 30 de noviembre de 1999*

*Amados pastores de la Iglesia en Portugal:*

1. Vuestra presencia aquí, con ocasión de vuestra visita *ad limina*, es para mí motivo de gran alegría y satisfacción, sabiéndome hermano en medio de hermanos que comparten conmigo "la solicitud por todas las Iglesias" (2 Co 11, 28); de hecho, vuestra visita es una expresión y una celebración del vínculo particular de comunión que nos une en el Colegio episcopal, como sucesores de los Apóstoles. ¡Sed bienvenidos! En la persona de cada uno de vosotros acojo y saludo a los sacerdotes y a los diáconos, a los consagrados y a todos los fieles cristianos de las diversas diócesis de las provincias eclesiásticas de Braga, Évora y Lisboa.

Agradezco las palabras de saludo de monseñor António Marcelino, que, en calidad de vicepresidente de la Conferencia episcopal, ha ilustrado la situación de la Iglesia en Portugal, su fidelidad a Cristo y los grandes desafíos que le reserva la hora actual. Espero vivamente que vuestra peregrinación a las tumbas de los Apóstoles san Pedro y san Pablo rebose de bendiciones y consuelos de lo alto, para que, *llenos de nuevo vigor* con vistas al servicio a las Iglesias particulares que la divina Providencia ha confiado a vuestro cuidado, sigáis alabando a Dios, con corazón humilde y alegre, por la abundancia de las gracias que experimentáis y difundís día a día mediante vuestro ministerio pastoral, ya que habéis sido "ungidos por el Espíritu y enviados a proclamar un año de gracia del Señor" (cf. Lc 4, 18-19).

2. Confiando en la gran magnanimidad del corazón de nuestro Dios, esperamos *dentro de un mes*, y en el cumplimiento de nuestra misión de dispensadores de la gracia de la redención, *abrir y cruzar las puertas sagradas de nuestras basílicas, catedrales y concatedrales, implorando la indulgencia plena* y el perdón celestial para los pecados de toda la humanidad que, hace 2000

años, vio descender a la tierra y revestirse de la naturaleza humana al Hijo unigénito de Dios, nuestro Salvador.

Deseo aprovechar este singular encuentro con la Iglesia portuguesa, dado que se realiza poco antes del comienzo del gran jubileo de la Encarnación, para derrumbar en beneficio de ella –permitidme la metáfora– un muro colocado detrás de la Puerta santa, que impide aún su apertura. Por otro lado, tanto vuestra Conferencia episcopal como cada una de las diócesis han puesto en marcha a lo largo de los dos últimos años múltiples y valiosas iniciativas. Sólo para ejemplificar, porque sería imposible enumerarlas todas, quiero mencionar las sucesivas cartas e instrucciones pastorales publicadas durante los años de preparación para el jubileo y las numerosas asambleas diocesanas (varias de ellas explícitamente sinodales), convocadas con la finalidad de sensibilizar y preparar a la comunidad eclesial para este Año de gracia que nos va a introducir en el nuevo milenio cristiano. Sí, se han emprendido múltiples y valiosas iniciativas... Falta, tal vez, llamar a la puerta de cada persona, al *corazón de cada uno*, porque precisamente allí está *la posibilidad última y decisiva de apertura y acogida del jubileo*. Por eso, os he dicho que quiero aprovechar este encuentro colegial para derribar juntos el "muro" que quizá pueda impedir aún al corazón de los portugueses entrar en la gracia jubilar por la "Puerta santa" que es Cristo nuestro Señor.

3. Apreciados hermanos, es voluntad de Dios que *la gracia del jubileo se extienda*, según la adhesión y la correspondencia de cada uno a la acción del Espíritu Santo, a todos los fieles católicos, a todos los cristianos que, "habiendo recibido el mismo bautismo, comparten la misma fe en el Señor Jesús" (*Incarnationis mysterium*, 4), y también *a todos los "hermanos de la única familia humana"* que van a atravesar "juntos el umbral de un nuevo milenio" (*ib.*, 6), cuyas expectativas, problemas y soluciones, por su creciente globalización, exigirán la colaboración armoniosa de todos.

En efecto, la lectura de los tiempos pone de relieve la mundialización, pero el diagnóstico del corazón humano no es alentador: es grande la sensación de vacío; y es grande igualmente su repugnancia por el vacío repleto de efímeras nada, que aumenta su desorientación. Al no saber cómo encontrarse consigo mismo, tampoco consigue encontrarse en medio de los demás: acaba solo en medio de un multitud anónima. Pues bien, a este corazón humano desorientado, frustrado y defraudado por las más diversas formas de alienación, la Iglesia le propone el Año santo como *tiempo favorable para entrar en sí mismo y experimentar la vida en plenitud a la que aspira*. "Porque la vida se ha manifestado –esta es la predicación de la Iglesia– y nosotros la hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y que se nos manifestó" (1 Jn 1, 2) en Jesús de Nazaret.

Con su venida, nuestra historia dejó de ser tierra árida, como se presentaba antes y fuera de la Encarnación, para cobrar sentido y valor de esperanza universal. En efecto, "con su encarnación, se unió, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia

de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Al nacer de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros" (*Gaudium et spes*, 22) y "a todos los que lo acogieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre" (*Jn* 1, 12). De este modo, la propuesta cristiana no sólo da sentido a lo que existe, sino que también "abre a cada ser humano la perspectiva de ser *divinizado* y, por tanto, de hacerse así más hombre" (*Incarnationis mysterium*, 2): el amor divino penetra en su corazón y, por el bautismo, lo hace renacer como hijo de Dios y lo convierte en miembro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

4. Esa vida en plenitud no proviene, fundamentalmente, de las ideas o razonamientos claros y distintos sobre la salvación que una persona pretende alcanzar, sino de la unión de amor que se establece entre Jesús y sus fieles y, a través de Jesús, con el Padre. Hay que *superar la tendencia, bastante generalizada, a rechazar cualquier mediación salvífica, poniendo al pecador en relación directa con Dios*, porque la salvación nos ha llegado, ante todo, por la mediación de la humanidad histórica de Jesús y, después de la resurrección, a través de su cuerpo místico, la Iglesia. Por consiguiente, el plan de Dios es sacramental, esto es, él se hace presente en una figura finita como la humanidad de Jesús o los signos sacramentales de la Iglesia.

En la escuela de la fe aprendemos que, "para un cristiano, *el sacramento de la penitencia es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves* cometidos después del bautismo. (...) Sería, pues, insensato, además de presuntuoso, querer prescindir arbitrariamente de los instrumentos de gracia y de salvación que el Señor ha dispuesto y, en su caso específico, pretender recibir el perdón prescindiendo del sacramento instituido por Cristo precisamente para el perdón" (*Reconciliatio et paenitentia*, 31). La Iglesia "fallaría en un aspecto esencial de su ser y faltaría a una función suya indispensable, si no pronunciara con claridad y firmeza, a tiempo y a destiempo, la *palabra de reconciliación* (cf. *2 Co* 5, 19) y no ofreciera al mundo el don de la reconciliación" (*ib.*, 23). Y para esto no bastan algunas afirmaciones teóricas; son necesarias funciones ministeriales muy precisas al servicio de la penitencia y de la reconciliación.

Por eso, amados hermanos, no dejéis de recordar a vuestros sacerdotes la disciplina eclesial a este respecto, ayudándoles a llegar a su efectivo cumplimiento: "Todos los que, por su oficio, tienen encomendada la cura de almas, están obligados a proveer que se oiga en confesión a los fieles que les están confiados y que lo pidan razonablemente; y a que se les dé la oportunidad de acercarse a la confesión individual, en días y horas determinados que les resulten asequibles" (*Código de derecho canónico*, c. 986). Dado que "el pueblo de Dios ha vivido siempre los Años santos viendo en ellos una conmemoración en la que se escucha con mayor intensidad la llamada de Jesús a la conversión" (*Incarnationis mysterium*, 5), ojalá que *uno de los frutos del gran jubileo del año 2000 sea la vuelta generalizada de los fieles cristianos a la práctica sacramental de la confesión*.

5. Según la parábola del hijo pródigo (cf. *Lc* 15, 11-32), después del abrazo del padre, siguió el

banquete para el hijo recuperado. De igual modo, el perdón sacramental permite "acercarse de nuevo a la Eucaristía, como signo de la comunión recuperada con el Padre y con su Iglesia" (*Incarnationis mysterium*, 9). Sabemos que, "en el signo del pan y del vino consagrados, Jesucristo resucitado y glorificado, luz de las gentes, manifiesta la continuidad de su encarnación" (*ib.*, 11). Él es el festejado: se conmemora el bimilenario de su nacimiento. Y, *después de dos mil años, él "permanece vivo y verdadero en medio de nosotros para alimentar a los creyentes con su cuerpo y su sangre"* (*ib.*).

En la Eucaristía tenemos verdaderamente la Puerta santa jubilar, Cristo Señor, que afirmó de sí mismo: "Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto" (*Jn* 10, 9). Amados pastores de la Iglesia portuguesa, hacia esos pastos guiamos el rebaño que nos ha sido confiado: con lo mejor de nuestras energías y sostenidos por la fuerza del Espíritu Santo, anunciamos, celebramos y guiamos hacia Jesús Eucaristía. Pero, ¿cuántos nos siguen? ¿Cuántos no responden a la llamada? La encuesta sobre la práctica dominical, que organizasteis en 1991, mostró *una media del 26% de practicantes entre la población residente en Portugal*; es una indicación significativa del inmenso trabajo pastoral que se requiere, pero también es una gran preocupación, teniendo en cuenta la multitud casi tres veces superior que vive habitualmente privada de la Eucaristía.

Si en la multiplicación de los panes (cf. *Lc* 9, 12-17) los discípulos no hubieran llevado a la multitud los trozos que resultaron de los cinco panes y de los dos peces bendecidos por el divino Maestro, ciertamente no se habría podido decir que "comieron todos hasta saciarse". Ahora, en el caso del Portugal eucarístico, debemos reconocer que muchos no han comido y pocos se han saciado. Ciertamente, no ha faltado la generosidad de la Iglesia para poner a disposición de Cristo "los cinco panes y los dos peces" que tenía, como tampoco podía faltar la multiplicación de los mismos. Realmente, es admirable el celo apostólico manifestado en vuestras iniciativas y actividades pastorales; y son dignas de elogio las opciones y las iniciativas pastorales delineadas. Pero, tal vez ha faltado ese último esfuerzo para llevar un trozo a cada uno. Tal vez ha faltado la revisión de vida necesaria para verificar si todos habían comido hasta saciarse.

Estoy seguro de que, con delicada pedagogía pastoral, sabréis hacer de este Año santo un *tiempo propicio para impulsar a los cristianos no practicantes* a pasar de una participación eucarística ocasional y, por decirlo así, interesada (para obtener el don de la indulgencia), *al hábito y al compromiso de una participación semanal* en ella, a semejanza de los mártires de Abitinia (año 304), que afirmaron: "Nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor" (*Dies Domini*, 46). Ojalá que cada eucaristía del período jubilar se revista y aparezca llena del encanto y el misterio de la Navidad, porque "desde hace dos mil años, la Iglesia es la cuna en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos" (*Incarnationis mysterium*, 11). Cada eucaristía tiene que ofrecer a los participantes, ante todo, la oportunidad de un encuentro y un coloquio personal con el divino Emmanuel, el Dios con nosotros (cf. *Mt* 1, 23), cuyo resultado sea la comunión espiritual y, siempre que sea posible, sacramental.

6. Como todos sabemos, aquí reside el secreto de la fidelidad y la perseverancia de los cristianos, de la seguridad y la solidez de su "casa" interior en medio de las aflicciones y dificultades del mundo. De hecho, el evangelio enseña que la *estabilidad de la casa no depende fundamentalmente* de la violencia de las tempestades ni de la furia de los vientos, sino del hecho de *estar o no cimentada sobre la roca* (cf. Mt 7, 24-27). También recientemente la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos exhortaba a reforzar los cimientos interiores de esta "casa de Dios" que es cada cristiano, cada comunidad eclesial, la humanidad entera que ha acogido a Dios hecho hombre: "En una sociedad y cultura muchas veces cerradas a la trascendencia, ahogadas por comportamientos consumistas, esclavas de antiguas y nuevas idolatrías, redescubramos con asombro el sentido del *misterio*; renovemos nuestras celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de nuestro Señor Jesucristo; aseguremos nuevos espacios al silencio, a la oración y a la contemplación" (*Mensaje final*, 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de octubre de 1999, p. 11). Por tanto, hay que evitar *los escollos del activismo*, donde naufragan los mejores planes pastorales y numerosas vidas comprometidas hasta el extremo de sus fuerzas, y *del secularismo*, en el que Dios no tiene voz ni lugar, impidiéndole su venida a la tierra de los hombres.

Como centinelas de la casa de Dios, velad, apreciados hermanos, para que en toda la vida eclesial se reproduzca de algún modo el ritmo binario de la santa misa con la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. Os sirva de ejemplo el caso de los dos discípulos de Emaús, que sólo reconocieron a Jesús al partir el pan (cf. Lc 24, 13-35). Durante los últimos decenios, algunos, queriendo reaccionar frente a un sacramentalismo excesivo, han atribuido el primado, si no incluso la exclusiva, a la palabra. Ahora bien, según la doctrina conciliar, "el plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio" (*Dei Verbum*, 2). Concluyendo, tenemos necesidad de la palabra –la "palabra de Dios, que permanece operante en nosotros, los creyentes" (cf. 1 Ts 2, 13)–, y del sacramento, que hace presente y prolonga en la historia la acción salvífica de Jesús.

7. Amados hermanos, éstos son algunos pensamientos que os dejo con ocasión de vuestra visita *ad limina*, a casi un mes de la apertura de la Puerta santa. Deseando abrirla de par en par, para que todo el pueblo de Dios entre y se sacie en las fuentes de la salvación, no quisiera que ningún "muro" impida el acceso de los cristianos portugueses a la gracia particular del Señor vinculada al jubileo del año 2000 (cf. *Tertio millennio adveniente*, 55). En Fátima encontramos un ejemplo luminoso de la personalización de los planes y compromisos apostólicos que se necesita para asumirlos y hacerlos fructificar en el corazón de cada cristiano; con pedagogía materna, nuestra Señora pregunta a los pastorcitos: "¿Queréis ofrecer a Dios...? Sí, queremos", respondieron (Aparición del 13 de mayo de 1917). Dentro de poco tiempo Francisco y Jacinta serán elevados al honor de los altares, extendiendo a toda la Iglesia, con el ejemplo de su vida, la invitación de la Madre de Dios.

Quiero hacer de esa invitación mi palabra de aliento, que os ruego llevéis a los sacerdotes, a los diáconos y a los consagrados, a los seminaristas, a los novicios y a los agentes pastorales, a los fieles cristianos y a todos los que buscan la verdad de Cristo, así como a las familias cristianas y a las comunidades parroquiales. Tened la certeza de mi constante oración por la Iglesia que peregrina en Portugal, en camino hacia el cielo, para que todos sus miembros, con valentía y generosidad, correspondan al Año de gracia que está a punto de comenzar. Invocando sobre todos la felicidad del abrazo de Dios uno y trino, desde lo profundo de mi corazón os imparto mi bendición apostólica, que extendo a vuestros colaboradores directos y a todos los fieles.